El guardián

¡Guardián! ¡Guardián!

El viejo perro movió apenas la cola.

Giro la cabeza para ubicar la procedencia de la voz. Sus ojos blancuzcos trataron de ubicar en el espacio la procedencia de la voz y la imagen del dueño.

Con pereza de anciano, dio algunos pasos hacia el cajón que se hallaba en el patio de tierra, a la sombra de un frondoso paraíso. Se sentía fresca la sombra allí.

El cajón de madera, era el objeto de vigilia del animal y del pedido de la mujer: ¡Guardián, cuida la güanita!.

Tiempo atrás, había sentido que en el vientre de la muchacha algo diferente, algo vivo, una nueva energía se percibía.

Ella era joven, fuerte y alegre. Cuando Juan la llevo a esa casa no pensó que se iba a acostumbrar a su nueva dueña. El estaba viejo y receloso. Y estos dos eran como borregos chacoteando y riendo.

Eso sucedía a veces a la siesta, o a la nochecita cuando Juan volvía de la estancia.

Fue Juan quien lo crió. Su padre, don Vargas, el puestero lo trajo.

- La perra del patrón tuvo cría y es de ”güena” raza – le dijo a su mujer le “viá traé” un cachorrito pal´Juancho.

Asi pasó a ser parte de la familia de Vargas.

- Ponele Guardián, dijo la mujer, pa´ que lo cuide al Juancho.

Toda la infancia de Juan, tuvo que ver con el Guardián.

Por su fuerte patas aprendió a pararse, sus orejas sufrieron mil tirones, de su cola se prendía para estabilizar los pasos aprendiendo a caminar.

Mas tarde fue caballo, almohada. Varias veces quedó dormido sobre sus patas. Fue compañero de andanzas cazando patillos, corriendo conejos “cuises” y haciendo volar dormilones.

A los 18 años, un joven en el campo es ya un hombre y Juan encontró a Ramona.

Cuando armaron rancho propio Juan le dijo a sus padres: - El Guardián se viene conmigo…

El día que gritó la güanita, Guardián supo que a este mundo, había llegado un nuevo cachorro. Juan se la mostró, hizo que la olfateara y le dijo: - Mirá Guardián, es una guaina, tenes que cuidarla.

A partir de ese día, cada movimiento de la pequeña, era objeto de su atención.

- Guardián, fíjate como está la Celeste.

El perro olfateaba el cajón donde permanecía sentadita la nena.

Nuevamente sus orejas fueron objetos de tirones. Sus viejos ojos, casi ciegos recibían el pinchazo de los deditos.

Cuando Celeste no estaba en el cajón, Guardián cuidaba que las moscas no se posaran en el cuerito de oveja lavado, que acolchaba el improvisado corralito y que los gorriones no bajaran a comer las miguitas de torta frita que abandonaba la nena. Guardián hoy, era un abuelo.

Esa tarde de enero, Ramona colocó a la nena en el cajón y sentenció a Guardián: ¡Cuidá la guaina! No te movás de ahí.

La chiquita no molestaba a su madre. Cuando se movía el perro se acercaba metía su cabeza en el cajón y dejaba que Celeste lo maltratara.

Como la nena estaba tranquila, Guardián aprovechó para echarse, siempre vigilando.

El patio de tierra estaba barrido y regado. La siesta, sofocante. Apenas circulaba el aire caliente.

El enorme paraíso era una gran sombrilla verde. A diez metros del cïrculo de sombra, el yuyal golpeado por los soles, se anticipaba al montecito de aromos.

Guardián dormitaba aletargado por los años y el calor.

De repente creyó percibir un extraño movimiento. La presencia de algo ajeno al entorno erizó su lomo, olfateó el aire. Pero como los años reducen el instinto de los seres vivos, entonces bajo la cabeza. Celeste se intranquilizó: - ¿Qué le pasaba?

Ramona lavaba con agua de un pozo cercano.

Guardián lentamente se levantó para husmear más de cerca. Metió la cabeza y un agudo pinchazo le hirió el hocico.

La enorme yarará estaba dentro del cajón de la nena, arrollada, pronta a atacar nuevamente.

Amarronada y sigilosa, se había colado por el hueco de una tablita faltante.

Guardián, sintiendo inmediatamente la acción del veneno, tomó a Celeste por la camisita y con un giro de su aún fuerte mandíbula, la levanto en vilo sacándola del cajón y, corriendo enérgicamente como en su juventud, la depositó ilesa en la galería de la casa. Un temblor frío lo sacudió entero.

Como desde muy lejos escuchó la voz de Juan de aquel día: - “Tenés que cuidarla”.

Tambaleante volvió al cajón, la serpiente preparó nuevamente el ataque.

Sobre el cuerito de la celeste, ¡no! y de un solo golpe, dio vuelta el cajón.

“Tenés que cuidarla”, le resonaba.

El duelo fue breve y mortal.

La yarará depositó en el muslo del viejo perro, el veneno que quedaba en sus glándulas.

Guardián, quebró la médula del bicho con los pocos y gastados colmillos que le quedaban. No aflojó la presión de sus dientes hasta sentir que el animal estaba herido de muerte, igual que él.

Sangre y una espuma blanca llenaron su boca.

El temblor se intensificó y se endurecieron sus miembros.

Escuchó el llanto fuerte de Celeste y el reclamo de Ramona:

¡Guardián! ¿Estás cuidando a la güanita?